

EL INGENIOSO HIDALGO MIGUEL DE
CERVANTES SAAVEDRA * * * * *

CAPÍTULO PRIMERO

PATRIA.—PADRES.—NACIMIENTO.—BAUTIZO

Sucedió, pues, que la ventura de los pobres, por otro nombre bendición divina, la cual consiste en tener hijos sin haber holgura para criarlos y mantenerlos, favoreció aquel año 1547, como ya lo había hecho en los anteriores de 43, 44 y 46, con un nuevo descendiente al honradísimo cirujano Rodrigo de Cervantes y á su mujer la cristiana señora doña Leonor de Cortinas, vecinos de la ilustre Alcalá de Henares, habitantes en la collación de Santa María.

El Otoño era entrado, estación de calma y sosiego en toda parte y más en la llanura alcaláina, donde el sol radia suave, el aire es sereno, los abundantes pajarillos de la tierra trigal hacen la salva a los amaneceres, y a los anocheceres forman hermoso concierto en álamos y acacias, cuando no tras los apretados terrones. Los labradores alzan y binan los barbechos, cachan las rastrojeras, no dejando reposar aquel suelo fertilísimo; los hortelanos del Henares abren las tierras migosas, aparán atalaques y caceras para regar sus hortalizas. Cruzan las llanas y anchurosas calles de la ciudad los cantantes carros de la vendimia, chorreando alegría báquica de los mostosos cestos, al restallar del látigo que anima a las mulas, cuyos campanillos destemplan y escandalizan la gravedad académica de las calles. Desde la viña al lagar siguen, reque-

brando á las morenas vendimiadoras, nubes de estudiantes pardales del colegio mayor de San Ildefonso que fundó Cisneros. Van vestidos de burriel terroso aragonés, cuáles con espada, cuáles sin ella. Es domingo y la turba escolar se ha desparramado por la campiña riente; quién ha subido la cuesta de los Santos de la Humosa, quién ha corrido hasta Anchuelo ó Ajalvir donde se hospedan muchos pobres alumnos de Minerva á los que la pensión ó congrua paternal no alcanza para vivir en la angostura y carestía de la villa universitaria. Los dialécticos, que estudian Filosofía de Aristóteles en el colegio de Santa Balbina, se han ido, naturalmente, de excursión peripatética hacia Camarma ó hacia Meco. Los metafísicos del colegio de Santa Catalina se han alargado hasta el Jarama á probar la paciencia, como á un primerizo ontólogo conviene, echando la caña de pescar al barbo, ó á la trucha. Los del colegio mayor de la Madre de Dios, tomistas ó escotistas, han depuesto sus odios para poner teológicas ballestas ó tender de mancomún engañadoras redes á las alondras y á las terrericas del campo del Val. En fin, los alegres humanistas y gramáticos de los colegios de San Eugenio y San Ildefonso, tal vez, han llegado hasta los famosos viñedos de Santorcaz y vuelven coreando el chirriar de los carros cargados de uva, con el viejo himno, macarrónica salutación de la Universidad joven al grato y eternamente mozo don del vino:

Ave, color vini clari,
Ave, sapor sine pari
tua nos inebriari
digneris potentia

ó bien aquel otro más añejo y vulgar estribillo:

Gaudeamus igitur
juvenes dum sumus....

cuyas estrofas resuenan al mismo tiempo en Salamanca y en París, en Heidelberg y en Bolonia.

La tarde es plácida. Tibia benevolencia otoñal parece descender del cielo para aquietar los ánimos exaltados de estudiantes y vecinos. No hay temor de que vuelvan á oírse á prima noche los temerosos gritos de ¡Favor al colegio! y ¡Favor á la villa! que en

tiempos no lejanos ensangrentaron las calles de Alcalá. La división profundísima de ánimos con que las Comunidades rajaron á España entera en dos partidos y que en la Universidad formó el bando de los cismontanos, donde se agrupaban los estudiantes béticos, extremeños, murcianos y manchegos, y el de los ultramontanos ó comuneros que formaban y hacían burgaleses, valisoletanos, avileses, toledanos y segovianos, ha venido á términos más pacíficos. Con mano dura gobierna la villa y tiene á raya á la Universidad el arzobispo de Toledo D. Juan VIII Martínez Guijarro, hombre dogmático y vinagriento que malcontentó su hambre y cebó su curiosidad de mozo ardorosamente aplicado en las cátedras de la Sorbona parisiense; gran teólogo, matemático eximio, primer catedrático de Historia natural que hubo en Salamanca y después ayo y maestro del príncipe D. Felipe, hijo del César Carlos V; que tal discípulo seco y anguloso había de sacar un teólogo geómetra, naturalista y, con todo, tan lleno de pedantería que siendo su apellido en romance Guijarro, quiso apodarse á la latina *Silíceo*.

La villa y la Universidad de Alcalá, que supieron resistir á su incómodo pero espléndido huesped el arzobispo prócer compostelano D. Alonso de Fonseca, y después aborrecer al orgulloso y autoritario D. Juan Tavera, ya no resisten ni odian, pero temen á Silíceo. La villa y la Universidad olfatean que ha pasado el tiempo de las rebeliones y sobreviene el de la sumisión y el aquietamiento. A los rectores de ayer, enérgicos y celosísimos del fuero universitario, ha sucedido el doctor Fuentenovilla, amigo de las contemporizaciones. Sostiénese con dignidad en su puesto el cancelario Luis de la Cadena, abad de la iglesia magistral de Santos Justo y Pastor; pero el espíritu de rebeldía huyó años antes con el teólogo frustrado, luego jurisperito en Salamanca, y después pacificador del Perú, D. Pedro de la Gasca; con el valiente rector comunero Hontañón: con el famosísimo comendador griego Hernán Núñez Pinciano, á quien su condición de rebuscador de refranes no le hizo tan apacible y manso que no le fuera menester fugarse á Salamanca con un brazo estropeado por una estocada que le dió cierto matón, Alfonso Castilla, comprometido con él por causa de las comunidades. La Universidad va ablan-

dándose y con esta blandura hay más alegría en rostros y palabras.

A la voz elocuentísima del omnisciente humanista toledano Juan de Vergara, que por tantos años supo hacer penetrar en las mentes españolas la sabiduría de Salomón, la de Jesús de Sirach y la de Aristóteles, ha venido á juntarse el claro verbo del sevillano Alfonso García Matamoros, para quien el Lacio no tiene secretos; gran escritor y gran patriota, primer español que aseveró y probó los méritos de España en todas las artes y disciplinas. Aún crujen día y noche incansables los tórculos en que Arnaldo Guillermo de Brocar imprimió la *Biblia Políglota Complutense*. Quizás se ve, de paso, cruzar la calle de Libreros ó la de Escritorios un robusto y sólido personaje, de corrida barba, recios cabellos y ojos sagacísimos, que se llama Benito Arias Montano; acaso va conversando con el médico del príncipe D. Felipe, Antonio de Morales ó con el hijo de éste, un mozo llamado Ambrosio, cuya juventud consume el estudio de la historia; quién sabe si no terciará en la conversación cierto sujeto de clásica fachenda, que se llama Gonzalo Pérez, el cual dice andar metido en la faena de traducir la *Ulixea* de Homero, y lleva de la mano á un muchachillo revoltoso de siete años, que responde al vulgarísimo nombre de Antonio Pérez.

La paz que anhela Alcalá de Henares, tras tantos años de pasión desatada, la ansían asimismo naciones y príncipes. Ha muerto Lutero. Carlos V ha logrado en Mühlberg uno de los días grandes á que puede aspirar un César. Se ha reunido la dieta en Augusta, que hoy llamamos Augsburgo; allí trabajan los teólogos romanos Sflug y Helling, y el teólogo protestante Agrícola, por buscar una componenda, un arreglo decente ó siquiera pasadero para suspender la lucha fratricida. El emperador ha ido á Augsburgo, descendiéndose el casco del airón blanco y rojo, soltando la pica y descabalgando el ligero trotón sobre el cual le retrató Ticiano. El emperador, que ya tiene la barba rucia y la sonrisa amarillenta, se ha calado el semi-elesiástico bonete y ha vestido las luengas hopalandas doctorales..., más ¡ah! no cuente con italianos quien á vivir en paz aspire. La conjuración de Fiesco ha traído una cola

trágica. Los Dorias, protegidos del emperador en Génova, y el virrey de Sicilia, Fernando de Gonzaga, han hecho apuñalar al duque de Parma y de Plasencia, Pedro Luis de Farnesio, hijo del papa Paulo III. El soberano pontífice, padre de la cristiandad, arde en deseos de venganza. El papa y Carlos V se enemistan una vez más. Sino parecía del cristianísimo emperador pasarse la vida enfoscado con el vicario de Cristo en la tierra.

En Alcalá se saben todas estas noticias rápidamente. No había entonces periódicos, porque era periodista todo el mundo, el mercader y el soldado, el fraile limosnero que recorría la tierra á pie mendigando y el pícaro del hampa, á quien convenía saber un punto más que el diablo. Y con saberse todo, no más abultado ni deslucido que se sabe hoy, la vida iba deslizándose más abundosa y más descuidada, el individuo no estaba sujeto á tantas cavilaciones, la lucha era más fácil, los cambios y vaivenes de la fortuna y del azar no ménos súbitos. Acababan de abrirse á la curiosidad del dicho ó de la noticia y á la avidez del hecho dos inagotables arcanos que encerraban cuanto no pudo soñar la fantasía medioeval; el mundo nuevo de la conciencia libre, descubierto por el fraile de Witemberga y el Nuevo mundo del otro lado del Atlántico, inventado por el marino genovés; y digo que acababan de abrirse, porque ni Lutero ni Colón hicieron más que franquear las puertas, pues sólo ellos poseían esa llave que el destino da á sus elegidos. Todos los días, entonces más que hoy, era dable á todo hombre dirigir su pregunta á lo ignorado.

Por entre el bullicio y estruendo del domingo, un hombre joven, pero avejentado, caminaba llevando en brazos, abrigada con la capa, una criatura recién nacida. Era el cirujano Rodrigo de Cervantes, á quien acompañaba su amigo Juan Pardo. Marchaba derecho, con la cabeza alta, con ese aire entre distraído y retador que tienen los muy sordos. Parecía un hombre que no se hubiese enterado de la mitad de las cosas en el mundo existentes: no oía campanillar a las mulas, ni gritar a las vendimiadoras, ni cantar a los estudiantes. El compadre Juan Pardo,

que iba con él, tampoco pensaba molestarle á gritos, por excusar la rechifla de la gente moza. El sol doraba de través los tapiales de los caserones que se parecen á ambos lados en la calle de Roma, y envolvía en una caricia suave la puerta del templo á donde Rodrigo y Juan se encaminaban.

No era la iglesia de Santa María la Mayor, como es hoy, un vasto y redundante embolismo ojival sobrepuesto á otra más anciana construcción: era la antigua ermita de San Juan de los Caballeros, erigida á mediados del siglo XIII y recamada en el XIV y en el XV con prolijas labores de estuco y de piedra, primero por algún elegante alarife mudejar, después por no se sabe qué decoradores flamencos ó alemanes, discípulos de los Copinnes ó de los Egas. En la capilla de Santiago mostrábanse los bultos marmóreos de los fundadores, el caballero de la Banda don Fernando de Alcocer, noble cortesano de Don Juan II, y su esposa doña María Ortiz, con tales ropas vestidos ambos, y el señor tocado con dantesco becoquín. Para entrar á la capilla del Oidor, donde se hallaba la pila bautismal, pasábase bajo un hermoso arco del noble y amplio estilo mudejar usado en Castilla, cuyas labores no son tan diminutas y empalagosas como las granadinas, aunque tampoco sean tan linajudamente arábicas. Léase entonces entera la inscripción gótica trazada en una imposta, sobre las arquerías que franjean la pared junto al techo, y véase claro el nombre del Oidor y refrendario Toledo, fundador de la capilla.

Revistiéndose, ayudado por el sacristán Baltasar Vázquez, aguardaba el Reverendo Bachiller Serrano, cura de Santa María y amigo muy afectuoso de Rodrigo de Cervantes, á cuyos hijos Andrés, Andrea y Luisa había bautizado también.

La ceremonia fué breve, como de bateo pobre, aunque no tanto que no aguardase la muchachería en el ámbito y á la puerta de la iglesia en ademán pedigüeño. Terminado el acto religioso, el bachiller Serrano pasó con los demás á la sacristía, y por su mandado escribió Baltasar Vázquez lo que sigue:

“domjngo nueve dias del mes de otubre Año del señor de mil e quits e quarenta e siete años fué bautizado miguel hijo de

Rodrigo de cervantes e su muger doña leonor fueron sus compadres juº pardo baptizole el Rdo señor bre seRano cura de nra Señora tsº baltasar vazqz sacristã e yo que le baptize e firme de mj nõbre

El Bachiller
seRano,,

No faltaron las naturales felicitaciones del párroco á su buen feligrés, quien melancólicamente satisfecho las recibía, como aquel que no sabe si agradecer al cielo un favor ó pedírselo en cuentas á la tierra. Malcontenta se fué la turbamulta muchachil con unos pocos cornados, chanflones y tarjas y un cuarterón de anises que Juan Pardo extrajo de sus faltriqueras. Como de costumbre, y más tratándose de un parroquiano tan asiduo para bautizar, el bachiller Serrano acompañó á Rodrigo á su casa, para pedir las albricias á su feligresa doña Leonor, tan conocida ya que ni era menester mencionar su apellido.

Vivían los Cervantes muy cerca de la iglesia, en una casita baja, contigua á la huerta de los Capuchinos.

El lujo y apaño de la casa no eran excesivos ciertamente. El oficio de cirujano ministrante á nadie ha hecho rico. Rodrigo, por su sordera, no pudo estudiar de la médica facultad, que entonces se explicaba muy por lo metafísico, otras partes sino las empíricas y prácticas. En suma, aprendió á tomar sangre, á gobernar con tablillas un brazo roto, á topiquear y cataplasmar aquí y allá, por mandato de los doctores. Las obras del insigne Andrés Laguna, del pediatra Pedro Díaz de Toledo, del divino Nicolás Monardes, no le hicieron quemarse las cejas. En la lucha constante entre la Universidad y la villa, el Hospital de San Lucas, que estaba fuera de la puerta de Santiago y lejos de las emanaciones tercianarias del Henares, se llevaba la clientela de estudiantes y profesores. Rodrigo de Cervantes vivía, pues, sacándoles la sangre, emplastando y bizmando á los alcañinos, lo que era un oficio triste y de escaso lucro en un pueblo sano, donde sólo se padecían fiebres cuartanas, tercianas y cotidianas, que no han menester el auxilio del cirujano menor.

Entraron, pues, en la humilde casa el nuevo cristiano y sus

acompañantes. Retozando por los suelos estaba una niña de tres años, vivaracha y bella como un angel; llamábase Andrea, y era la hija mayor del matrimonio. En brazos de la buena señora Luisa de Contreras, amiga de la casa y madrina de Andrea, se hallaba otra niña de catorce meses no cumplidos: Luisa, hija segunda de los Cervantes. Doctorando en un sillón frailer, mostraba su reverenda personalidad el licenciado Cristóbal Bermúdez, clérigo, padrino de la pequeña Luisa. Todos besaron al recién nacido y dieron á la madre los parabienes propios del caso. El niño se durmió pronto, al calor del lecho maternal.

Caía la tarde. La blanqueada habitación iba quedando á obscuras. En la huerta de los Capuchinos habían cesado de cantar los pájaros, al recogerse en la arboleda, y habían comenzado á chirriar los grillos y los alacranes. Lejanas iban apagándose las tonadillas estudiantiles. La noche llegó. Esquilones alegres de voces niñas, y graves campanas de voces viejas tañeron la oración. A su toque marcháronse los visitantes, gimió dulcemente la recién parida, despertóse lloroso el pequeñuelo, y Rodrigo de Cervantes, el padre, que no oía vagir á la criatura ni plañir á doña Leonor, quedóse mirando á ambos con sus escrutadores ojos de sordo enormemente abiertos, como si interrogase al porvenir obscuro.

CAPÍTULO II

EL ABUELO

El cuarto conde de Ureña, D. Juan Téllez Girón, hijo tercero de D. Juan Téllez Girón y de su esposa doña Leonor de la Vega, era, contra la costumbre de su época, un sabio y erudito caballero. Nació en Osuna hacia 1494 ó 95.

No pensaban sus padres que Don Juan llegase nunca á ejercer el gobierno de sus anchurosos estados, y por esto dejaron que el prudente joven se instruyera á todo su sabor en Cánones y Letras humanas y cultivase las Bellas Artes. Correcta y elegantemente escribía en latín, tañía y cantaba con primor, achaque de segundones y tercerones ricos y algo se le alcanzaba del divino arte de la pintura, que entonces comenzaba á cobrar autoridad en Andalucía, donde siempre repercutieron, antes que en otras partes del Reino, los ecos de la gran producción artística italiana. Murió en 1531 D. Pedro Girón, tercer conde de Ureña, hermano mayor de Don Juan, y casado con doña Mencía de Guzmán; y antes falleció, soltero, D. Rodrigo, el segundo hermano, por donde vino á encontrarse el humanista Don Juan al frente de la casa de Osuna, que, con la de Medina-Sidonia y la de Alcalá de los Gazules, eran lo más encumbrado en la nobleza de Andalucía.

Don Juan, no educado en las armas, era varón de ánimo pacífico, antes atento á edificar que á destruir, condición desusada en aquellos tiempos en que á la destrucción, y no á otra cosa, se tiraba. No ménos piadoso que su hermano D. Pedro, el grande